

XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Is 45, 1.4-6; Sal 96,1.3-10; 1 Tes 1,1-5b; Mt 22, 15-21

En toda la historia de salvación el pueblo Judío tenía claro que era EL PUEBLO ESCOGIDO Y EL SEÑOR GUIABA SUS CAMINOS POR SENDEROS INSONDABLES, de tal manera que en la época del destierro en Babilonia (587-538 a.C), cuando recordaban el pasado de la esclavitud en Egipto, no dejaban de esperar por medio de las Palabras alentadoras de los profetas como Isaías, que las promesas de Dios a su pueblo no son olvidadas y que, a pesar del pecado cometido en otros tiempos, basta el arrepentimiento para crear un pueblo libre:

“¹⁷ Miren, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva; de lo pasado no quedará recuerdo ni se lo traeré a la memoria, ¹⁸ más bien gócese y alégrense siempre por lo que voy a crear; miren, voy a transformar a Jerusalén en alegría y a su población en gozo; ¹⁹ me alegraré de Jerusalén y me gozaré de mi pueblo, y ya no se oirán en ella gemidos ni llantos. (Cf. Isa 65,17-19 BNP)”. Para Dios hacer su obra se vale entonces del rey Persa Ciro, para hacer retornar a su pueblo de Babilonia y puedan retomar su tierra, su fe y la alianza que por el pecado se había roto (Cf. Is 45, 1.4-6).

La cultura reinante, la mentira, el odio, la mediocridad, hacen que como los Fariseos del tiempo de Jesús y los judíos en tiempo de Isaías, muchas veces nosotros los cristianos olvidamos las promesas de salvación y de liberación de Dios y pongamos en entredicho la potestad de Dios para seguir haciendo historia de salvación. Ciertamente que muchas veces los problemas personales, familiares, comunitarios y los desórdenes entre los países, hacen obnubilar un poco nuestra mente y perder de vista las Palabras del profeta que nos trae hoy la liturgia: *“⁵ Yo soy el Señor, y no hay otro; fuera de mí no hay dios. Te pongo la insignia, aunque no me conoces, ⁶ para que sepan de oriente a occidente que no hay otro fuera de mí. Yo soy el Señor, y no hay otro: ⁷ artífice de la luz, creador de las tinieblas, autor de la paz, creador de la desgracia; yo, el Señor, hago todo esto. (Is 45, 5-7 BNP)”.*

Pensamos que podemos cambiar el concepto de Dios, los valores, banalizar el amor y el perdón porque “MAL DE MUCHOS, CONSUELO DE TONTOS”. Es entonces cuando actuamos como los Fariseos que quieren ponerle una trampa a Dios y pretender pensar que desempeñamos su papel. En el tiempo de Jesús el emperador Romano era un ‘dios’ y por consiguiente, el no pagar el tributo se convertía en una ofensa al emperador (Lesa majestad). Surge entonces la pregunta, especialmente para un judío que sabía bien el mandamiento principal prescrito en el Antiguo Testamento: *“⁴ Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. ⁵ Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. (Dt 6,4-5 BNP)”.*

La respuesta de Jesús, desarma a los oponentes quienes lo querían poner en una encrucijada, cuando directamente les dice ‘hipócritas’ y les pide que les muestre una moneda

usada en aquél tiempo que tenía la cara del emperador Tiberio; y luego concluye: “denle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Cf. Mt 22,21). En los evangelios Jesús deja claro la primicia del ser humano al servicio del Reino de Dios y de su justicia, que consiste en tener a Dios como el primero en nuestras vidas, mediante el amor y la justicia en las obras que nosotros realizamos a diario.

No nos debe de preocupar tanto SI DOY AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR, SINO QUÉ PARTES DE MI VIDA NO SON TODAVÍA DE DIOS. Porque si actuamos teniendo a Dios como el primero, todo lo demás no representará contradicción alguna, pues nuestra unidad y primacía de Dios nos debe llevar a entroncarnos en el mundo real y sus situaciones, dando respuesta a los problemas y dificultades y siendo luz en medio de la oscuridad. No puede ser la nuestra una espiritualidad que nos separe de nuestros compromisos con el mundo real en el que vivimos o nos esconda ante las preocupaciones humanas y terrenas.

La espiritualidad madura ha de ser la “ESPIRITUALIDAD ENCARNADA”. No es una ‘de tejas para arriba’ que nos separe de las realidades en las que nos encontramos. Erróneamente pensamos que el crecimiento espiritual nos separa del mundo y de sus preocupaciones reales; porque cuando esto sucede nos ponemos en el papel ya pasado de estilo Tridentino, que ‘anatematizaba’ todo lo que no era espiritual; o en palabras más comunes que nos pone en la actitud de llamar pecaminoso y demoníaco a todo, en espera de formulitas exorcistas que alejen el mal de nosotros y no nos vayan a contaminar nuestras almas. Lo que en definitiva se obtiene es cristianos temerosos que se esconden en su fe para no enfrentar los retos que la responsabilidad personal supone en los pecados que cometemos; o sencillamente frente a los problemas sociales, económicos y políticos ante los cuales el cristiano auténtico tiene que hacer frente.

Nuestra vida entera es una ofrenda a Dios, Él nos quiere completos, enteros, no divididos o solamente buenos cristianos cuando estamos en el ambiente del culto o en los lugares sagrados, puesto que el verdadero termómetro para medir la madurez cristiana es la responsabilidad y el compromiso frente a los retos que supone el mundo; eso sí, seguros en la fe, la esperanza y la caridad que nos recuerda hoy la lectura de San Pablo en su segunda carta a los Tesalonicenses: “² Siempre damos gracias a Dios por todos ustedes, teniéndolos presentes en nuestras oraciones, recordando su fe activa, su amor entrañable y su esperanza perseverante en nuestro Señor Jesucristo ante Dios nuestro Padre (1Tes 1,2-3 BNP)”.